

¿Por qué hay una mujer en las Maandamano (protestas)?

El tercer Boletín de Panáfrica (2026)

Una ola de protestas de la “Generación Z” **tuvo lugar** desde Indonesia hasta Tanzania, desde Nepal hasta Marruecos. Aunque a menudo se caracterizan por estar formadas por jóvenes organizados digitalmente, estos movimientos están impulsados por preocupaciones más mundanas: el desempleo juvenil y las tensiones de la vida en sociedades bajo regímenes de austeridad. Mientras los jóvenes quieren “responder”, se encuentran con la represión estatal, que incluye secuestros, detenciones y violencia sexual. Las *maandamano* (protestas) de Kenia de 2024 y junio de 2025 pusieron de relieve estos agravios, provocados principalmente por el **descontento** ante el Proyecto de Ley de Finanzas de 2024, que proponía impuestos más altos a los productos básicos en medio del desempleo juvenil, la desilusión con la sociedad, la corrupción arraigada y una profunda crisis económica. Se trató de un ciclo de protestas contra el régimen de austeridad en los estados poscoloniales.



Mural de **Banksy** que representa a Shakira Wafula, quien se convirtió en un icono de las protestas lideradas por la Generación Z en Kenia contra el Proyecto de Ley de Finanzas 2024 tras alzar desafiante la bandera keniana ante la policía antidisturbios.

Durante las protestas de junio de 2025, Juliet Nyabuto, de *Women for Matiang'i*, **afirmó**: “La violación y la agresión a mujeres durante las protestas nacionales es una vergüenza nacional. No nos andaremos con rodeos. Estos no fueron actos de violencia aleatorios; fueron ataques selectivos destinados a silenciar y aterrorizar a las mujeres”. En lugar de centrarse en la violencia sexual contra las manifestantes, los medios de comunicación retrataron a las mujeres como revoltosas y como parte del movimiento más amplio de la Generación Z, el cual fue representado como caótico, imprudente, políticamente inmaduro y violento. Las mujeres y niñas que acudían a las protestas empezaron a ser vistas como delincuentes y, por tanto, casi expuestas a la violación; un marco que despojó a las mujeres de su agencia política y enmascaró la condición precaria que permitía esa violencia.



Mural tríptico de Graffiti Girls Kenya que representa los rostros de tres mujeres jóvenes –dos alegres y una silenciada con un motivo de púas sobre la boca– con los mensajes “No estás sola”, “Nuestra seguridad importa”, “Alza la voz” y “Eres suficiente”, Nairobi, 2024. Crédito: Graffiti Girls Kenya.

Medios de comunicación como el *Daily Nation*, Citizen TV, *The Star* y las plataformas de redes sociales retrataron a las mujeres manifestantes como víctimas de la violencia apolíticas, pasivas y vulnerables; descripciones que ocultaron su actividad política, revelando en última instancia profundas suposiciones patriarcales que derivan de lógicas coloniales a la Kenia poscolonial. ¿Qué hacían las mujeres fuera de la esfera privada doméstica feminizada y marchando en la esfera pública política masculina? Esa parecía ser la pregunta dominante. Por ejemplo, el *Daily Nation* **agrupó** a “mujeres y niños” como los más expuestos durante las protestas, situando a las mujeres como dependientes y tan vulnerables como los niños en las manifestaciones. La mesa redonda de *The Nation* en NTV Kenya **avergonzó** a la víctima, insistiendo en la idea de que la sexualidad merecía respeto y que este no se encontraba en los campos de protesta. Estos retratos mediáticos reforzaron la idea de que los cuerpos “frágiles” de las mujeres invadían el terreno peligroso de lo público; pero ignoraron el hecho de que varias mujeres jóvenes habían estado liderando y movilizando las protestas; de hecho, muchas eran sus líderes (como Anini Barasa, Hanifa Adan y Shakira Wafula). Al borrar a estas mujeres, los medios de comunicación remasculinizaron la esfera pública y refeminizaron la esfera privada.



Mural de Graffiti Girls Kenya que muestra el rostro de una mujer adornado con flores azules y una mano extendida, con las palabras “Crecemos elevando a los demás”, Nairobi, 2024. Crédito: Graffiti Girls Kenya.

Las reacciones a la violencia contra las mujeres no se hicieron esperar, y la Asociación de Mujeres Senadoras de Kenia **pidió** una investigación criminal sobre los ataques. La presidenta Veronica Maina **criticó** no solo la “violencia insensata”, sino también el hecho de que esta violencia se estuviera celebrando en las redes sociales. Pero ninguna de las dos condenó el proyecto de ley de finanzas, ni la policía avanzó en las investigaciones (“todavía estamos intentando recopilar datos”, **dijo** Muchiri Nyaga, del Servicio Nacional de Policía, una táctica clásica de dilación). Un “especialista en género” —Crispin Afifu— **dijo** a las mujeres kenianas que se cuidaran evitando rutas aisladas y caminando en grupos de confianza. Aunque se trata de un consejo de

cuidado parteral, tal reacción ignoró los problemas estructurales planteados por las protestas y devolvió la responsabilidad a ellas como individuos. La organización no gubernamental **Usikimye** también adoptó la perspectiva del cuidado, pero principalmente el cuidado de las supervivientes de violación y el cuidado para trasladar sus historias al lenguaje de la política y el socorro humanitario. Njeri Migwi, directora de *Usikimye*, **dijo** sobre la violencia de los matones y de la policía durante las manifestaciones: “Tengo el corazón roto. No podemos estar luchando por la libertad durante el día y contra los violadores por la noche. Las agresiones fueron violencia organizada. La intención es claramente hacer que las mujeres tengan miedo de salir a protestar, y una protesta sin mujeres no es orgánica”.



Artistas de Graffiti Girls Kenya pintan un mural en Nairobi, agosto de 2024. Crédito: Graffiti Girls Kenya.

Las mujeres en las calles, caminando a casa después de las protestas, no eran solo mujeres. Eran mujeres de clase trabajadora que no tenían acceso a transporte privado. La precariedad económica y el colapso del transporte público exponen a las mujeres trabajadoras a los aspectos patriarcales de la noche. La clase y el género se cruzan con la precariedad económica para producir vulnerabilidad. En este sentido, la violencia

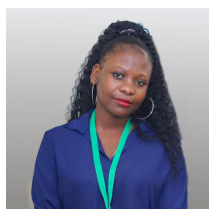
sexual durante las protestas lideradas por la Generación Z no es simplemente un subproducto de las protestas anárquicas, sino que surgió dentro de la economía política más amplia del capitalismo neoliberal que explota, disciplina y despolitiza sistemáticamente los cuerpos de las mujeres.

Es importante registrar y estudiar la reacción de estas diversas fuerzas sociales ante las protestas y ante la violencia contra las mujeres. Pero incluso la posición más comprensiva y clara, como la articulada por Usikimye, no expone frontalmente los subsidios ocultos que las mujeres proporcionan al capitalismo neoliberal: las mujeres supervivientes asumen individualmente los costes del tratamiento, el trauma y la pérdida de ingresos, al tiempo que prestan cuidados no remunerados a niños, ancianos y hogares. El sistema neoliberal en Kenia, como en otros lugares, ha trasladado la carga del cuidado y la seguridad a los individuos y a los hogares, lo que enmascara la forma en que el Estado keniano se ha retirado del cuidado y la protección; de hecho, se ha convertido en el instrumento no de protección, sino de violencia para proteger a ciertas clases. Partiendo de la afirmación de Migwi de que las protestas se enfrentaron a una “violencia organizada”, de hecho, los manifestantes hablaron en nombre de todo un conjunto de clases de la sociedad que se enfrentan a la violencia estructural del Estado neoliberal keniano.

Estas dinámicas no son exclusivas de Kenia. En todo el tricontinente surgen crisis similares perpetuadas por la deuda y la austeridad en medio de la reestructuración neoliberal. Revelan que la crisis no es accidental, sino fundamentalmente estructural a la lógica neoliberal.

Cordialmente,

Sinthia



Sinthia Atata Joech es una académica feminista de Kenia que reside actualmente en Uganda. Es becaria de doctorado en el Instituto Makerere de Investigación Social de la Universidad de Makerere en Uganda. Su trabajo aborda cuestiones de poder y género en la política poscolonial.